



Carta Pastoral sobre el presente y el futuro vocacional de nuestra Diócesis

“En tu Palabra echaremos las redes” (Lc 5, 4-11)

1. La vocación, don y tarea

La vocación es un llamado gratuito de Dios, un don divino para el bien de la Iglesia y de la humanidad, pero, al mismo tiempo, es un compromiso para ponerse en camino, a salir de sí mismo, del propio querer e interés, para hallar la voluntad de Dios en el propio estado de vida y anunciar con signos y palabras la alegría del Evangelio. La santidad es el horizonte atrayente de la variedad de caminos vocacionales que despliegan y especifican la común vocación bautismal.

El Señor ha prometido que acompañará a sus discípulos hasta el fin del mundo (Mt 28, 20) y nos ha pedido rezar incesantemente al Dueño de la mies, al Buen Pastor, que envíe los obreros que su viña necesita en cada momento y en cada lugar de la historia (Mt 9, 36-38).

La juventud es una de las etapas más fascinantes, la de las decisiones que tiene gusto a radicalidad. En este sentido, “lo fundamental es discernir y descubrir que lo que quiere Jesús de cada joven es ante todo su amistad. Ese es el discernimiento fundamental”.¹

La conmemoración de mis 25 años de ministerio episcopal es una gracia inmerecida que me compromete a profundizar mi dedicación total a encarnar la solicitud del Buen Pastor por la porción de su Pueblo que me encomendó. Por esto, deseo compartir con ustedes algunas reflexiones sobre la situación vocacional de nuestra Iglesia diocesana. Lo hago con la mirada puesta en el Señor que nos invita a confiar en Él contra toda esperanza meramente humana y nos renueva en la confianza, invitándonos a remar mar adentro (Lc 5, 4).

2. En tu Palabra echaremos las redes (Lc 5, 4-11)

En los inicios de su ministerio público, Jesús cautivaba con su Palabra y reunía multitudes que estaban deseosas de ser alcanzadas por su mirada, curadas y transformadas por su gracia (v.1). Para anunciar la Buena Noticia, el Señor sube a la barca de Pedro, que junto a sus compañeros de trabajo, estaba limpiando las redes llenas de frustración, luego de

¹ Francisco, *Christus vivit*, 250. En adelante: CV.

una larga noche de pesca infructuosa. Tomando distancia de la seguridad de la orilla, las palabras ofrecidas por Jesús al gran número de personas que lo seguían también comienzan a calar en el corazón de estos pescadores abatidos (v.2-3).

Luego de enseñar a la muchedumbre, el Señor sorprende a Pedro impulsándolo a ir más allá del puerto del desaliento, para adentrarse en las aguas que él creía conocer bien y, desde allí, lo anima a volver a soltar las redes (v.4). La fuerza de la estéril experiencia nocturna ofrece resistencia, pero no impide que este pescador abra primero su corazón y, luego extienda nuevamente las redes, movido por la confianza que Jesús le inspira: “si tú lo dices, echaré las redes” (v.5). Pedro cree saber, pero cree más en Jesús y su propuesta, que va a contrapelo de la experiencia que tiene sobre los sinsabores de la vida, los propios de todo hombre de mar.

Con Jesús en la barca, la abundancia se multiplica ante los ojos de los pescadores y de la multitud, superando toda expectativa realista de conseguir algo que justifique intentarlo de nuevo (v.6). Pedro pasa de la admiración a dimensionar que semejante acontecimiento sólo se podía comprender a partir del reconocimiento de Quien estaba en la barca junto a él: no se trata sólo de un simple maestro itinerante. Dios estaba manifestándose. Y, ya en el inicio de su misión, quería contar con esos temerosos pecadores dedicados a la pesca (v.9-10).

Hoy más que nunca debemos navegar mar adentro, que implica ir hacia nuestro interior, con un norte. Es necesario navegar mar adentro hacia las profundidades de nuestro corazón y sólo podemos hacerlo con la Gracia de Dios; si ella faltase es como si se nos rompiera un remo: con uno, sólo daríamos vueltas en círculo. Si se nos perdieran los dos no acertaríamos el rumbo, terminaríamos echando las redes en aquella zona donde está la nada.

Pedro solo en la barca es esa Iglesia que sin Jesús se torna infecunda y encalla en la orilla de la frustración que emerge del cálculo meramente humano. Con el Señor, de pescadores desalentados viraron a “pescadores” apasionados que lo dejan todo por el Él y el Reino. Al navegar mar adentro vamos participando de la compasión de Jesús por todas las personas que no conocen hasta qué punto Dios los ama o, aun sabiéndolo, no logran responder a tanto amor.

3. ¿De qué hablaban por el camino? (Lc 24, 17)

Tal como se entrevé en la mente y en el corazón de los desanimados discípulos volviendo a Emaús, hoy el desaliento es uno de los males más dolorosos que padecemos a nivel social y eclesial. Pareciera que el tiempo complejo que atravesamos nos conduce irremediablemente hacia un porvenir descorazonador. Los cambios culturales son vertiginosos. Frente a las nuevas generaciones experimentamos una gran distancia; sus demandas, dificultades y modos de vivir la fe nos sobrepasan en nuestra capacidad de comprensión y atención pastoral. Albergamos en nuestro interior la sensación de que los jóvenes “están en otra” y añoramos épocas “gloriosas”.

En nuestros espacios pastorales palpamos la disminución de fieles en general y de jóvenes en particular. Nos inquieta el descenso numérico de vocaciones, particularmente al sacerdocio ministerial y a la vida consagrada. Las grandes opciones de vida atraviesan un trance crítico desde hace tiempo. Las crisis que vive la Iglesia en

su seno, no pocas veces dolorosas y escandalosas, provocan preocupación y dispersión. La pandemia no hizo más que agudizar estas situaciones y, luego de ese tiempo traumáticamente inédito, constatamos además otras dificultades pastorales.

Nuestros presbíteros están más exigidos al asumir, con gran generosidad, mayores responsabilidades. Las múltiples demandas que atender requieren un discernimiento permanente sobre lo esencial y prioritario en nuestro quehacer sacerdotal, a nivel personal y como cuerpo presbiteral. En esa línea, como señalé en la homilía del Jueves Santo de este año, necesitamos cuidar a quienes nos cuidan. Y trabajar por los jóvenes y las vocaciones, es una forma concreta de hacerlo. El compromiso por las vocaciones, particularmente las sacerdotales, es una prioridad en la vida de la Iglesia; es una obra de amor que tiene en cuenta no solo el futuro, sino también el presente de la comunidad cristiana.

Ante este cuadro de situación, cuando nos sentimos “desilusionados con la realidad, con la Iglesia o con nosotros mismos, podemos vivir la tentación de apegarnos a una *tristeza dulzona*, que los padres de Oriente llamaban *acedia*”,² que describo como una insatisfacción por el presente y una ansiedad por lo que va a venir. No hay sosiego, se debilita el espíritu de lucha. Respiramos una atmósfera viciada de pesimismo. Hoy se habla de un crudo “invierno eclesial”, también del “derrumbe de la Iglesia”. Este escenario se vuelve más doloroso al verse verificado por números y estadísticas, recursos necesarios pero insuficientes para un discernimiento ponderado, de cara a la toma de decisiones en la vida pastoral de la Iglesia. El enfoque en los números “crudos” puede llevarnos a la desesperanza y al desaliento.

Los análisis de la realidad vocacional a nivel universal, nacional y regional forman parte de diálogos permanentes entre quienes tenemos la responsabilidad de pastorear. Son motivo de una genuina preocupación que se traduce en la búsqueda de propuestas que respondan a la complejidad a la que nos enfrentamos. Ahora bien, los posibles senderos a transitar no pueden excluir la mirada de fe y la confianza en Aquél que es capaz de hacer nuevas todas las cosas (Ap 21, 5), a partir de nuestros cinco panes y dos peces (Jn 6, 9). No debemos dejarnos llevar por el pesimismo y la desesperación frente a la disminución de vocaciones, especialmente al sacerdocio ministerial y a las diversas formas de consagración.

Es más, **cuando nos preocupan demasiado las estadísticas podemos llegar a olvidar que Dios continúa enamorando, y nuestra tarea es acompañar esa atracción del amor divino con paciencia y esperanza.** Cada tiempo tiene sus propios desafíos. Los números nos interpelan pero no son una condena inevitable, hablan de una situación que merece toda nuestra atención y nuestras mejores energías.

El pesimismo, camuflado de falso realismo, se basa generalmente sólo en cálculos y puede paralizarnos: “Vivimos un contexto nada fácil y que, no obstante una entrega generosa, los resultados pueden ser escasos y estamos en riesgo de caer en la frustración y el desánimo. Pero si no cedemos a los lamentos y continuamos «saliendo» para anunciar el Evangelio, el Señor permanecerá a nuestro lado y nos dará el valor

² Francisco, *Carta a los sacerdotes en el 160° aniversario de la muerte del Cura de Ars*. 4 de agosto de 2019.

necesario para lanzar las redes, incluso estando cansados y desilusionados por no haber pescado nada”.³

4. Con la juventud en el corazón

Desde el inicio de mi ministerio pastoral en nuestra Diócesis, hace más de 15 años, he animado, con ocasión o sin ella, a salir al encuentro de los adolescentes y jóvenes, especialmente los que no están en nuestras comunidades. Me alentó la certeza de que en ellos anida el presente y el futuro de la Iglesia y, al mismo tiempo, la conciencia de que nuestra vida pastoral necesita entrar una y otra vez, en un estado de conversión permanente, para renovar y dinamizar la acción evangelizadora. La pastoral de juventud, el Seminario Diocesano y los colegios fueron y son motivo de una especial atención dentro del ejercicio de mi labor pastoral.

Esa prioridad sigue latiendo hasta hoy. Visitando cada rincón de nuestra Diócesis he podido tomar contacto con muchos jóvenes, profundamente comprometidos con el Señor y con la Iglesia, entregando sus mejores energías al servicio, con una alegría y un sacrificio que conmueven. ¡Cuántos de ellos sostienen nuestra fe, a veces desesperanzada, y zarandean nuestra inercia pastoral, despertándonos! La actual Misión Diocesana con la imagen de Nuestra Señora de la Paz está ofreciéndonos ocasiones para experimentarlo.

Asimismo, tanto las Asambleas del Pueblo de Dios, desarrolladas en estos años, como el Camino Sinodal, reflejan la convicción de que los jóvenes y las vocaciones son una preocupación prioritaria en nuestras comunidades. Por esto, junto a los sacerdotes hemos dedicado tiempo para la oración, el estudio y el discernimiento sobre la realidad juvenil y vocacional en los Encuentros Sacerdotales de Pastoral (ESP) de 2023 y 2024. Los ecos de estos trabajos se hicieron sentir en las reuniones presbiterales de cada Vicaría como también en el Consejo Diocesano de Pastoral y en el Consejo de Presbíteros.

A la luz de lo señalado hasta aquí, deseo encarar con entusiasmo esta etapa de la vida diocesana y de mi tarea como pastor de la Iglesia lomense porque el Señor nos está animando a un renovado impulso pastoral en favor de los jóvenes y las vocaciones.

En las primeras ordenaciones sacerdotales que celebré en nuestra Diócesis señalé que “coseché lo que otros sembraron”. Consciente de la responsabilidad que nos cabe, anhelo que renovemos el fervor por sembrar en nuestros jóvenes, con pasión y a manos llenas, la invitación a descubrir en Jesús el sentido de sus vidas, dejándose fascinar por Él al punto de venderlo todo con alegría para seguirlo (Mt 13, 44).

5. Peregrinos de la Esperanza

El Papa Francisco nos ha propuesto recrear nuestro diálogo con el Señor en este año dedicado a la oración “para recuperar el deseo de estar en la presencia del Señor, de escucharlo y adorarlo”.⁴ Y también nos ha motivado a organizar la esperanza, a partir de

³ Francisco, *Discurso a los participantes en el Congreso Internacional de Pastoral Vocacional*. 5 de diciembre de 2014.

⁴ Francisco, *Carta a Mons. Rino Fisichella para el Jubileo 2025*. 11 de febrero de 2022.

la constatación de que solos no podemos hacer ni soñar nada, menos sin Jesús (Jn 15). Somos testigos de los frutos de las **“experiencias de salvación comunitaria”** que amparan vidas, liberan de situaciones de vulnerabilidad extrema e impulsan proyectos que abren nuevos horizontes de posibilidades para los jóvenes. Desde esta perspectiva nos disponemos a vivir el Jubileo de 2025, bajo el lema **“Peregrinos de la Esperanza”**.

6. Vocaciones en sinfonía

La Iglesia crece y se beneficia con multiplicidad de vocaciones, en ella hay lugar para un concierto de estilos de vida que encarnan e irradian distintos rasgos de la misión salvífica de Cristo. La complementariedad y mutuo apoyo entre las diversas vocaciones nacen de la riqueza de la vocación bautismal y se concretan en el ámbito de la realidad institucional, sacramental y carismática de la Iglesia.

El Señor nos invita a una siembra generosa a la hora de acompañar a la juventud en la búsqueda y en la gestación de un proyecto de vida que pueda dar sentido a la existencia desde el Evangelio. La vida laical y sus múltiples realizaciones -particularmente a nivel laboral-, el matrimonio, los diversos modos de consagración y el sacerdocio ministerial constituyen una sinfonía de formas de seguimiento del Señor, capaces de reflejar la inconmensurable belleza de la Buena Noticia plasmada en Jesús y su ministerio a favor de la humanidad.⁵

Así, es necesario, de forma equilibrada, “cimentar la propuesta vocacional, también la propuesta vocacional a la vida consagrada, en una sólida eclesiología y en una adecuada teología de la vida consagrada, que proponga y valore convenientemente todas las vocaciones dentro del Pueblo de Dios”.⁶ La amistad que Cristo regala es el corazón de la fe y, por eso, especialmente, de toda vocación. Jesús y su amor, conforman el núcleo vital de toda propuesta vocacional.

7. Corazón de la Diócesis

Nuestro querido Seminario Diocesano “De la Santa Cruz” se encamina a celebrar sus 50 años de vida en 2028. Es casa y escuela de comunión y misión.⁷ Ha formado decenas de sacerdotes que generosamente, junto al Obispo, entregan cotidianamente sus vidas por el Pueblo de Dios y su ministerio es motivo de inmensa gratitud para tantas personas y comunidades. Varios de ellos ya descansan en el Señor y contemplan cara a cara al Buen Pastor. Su testimonio nos anima a vivir y a morir “con la estola puesta”.

Hoy, el Seminario continúa llevando adelante la importante misión para la que fue fundado. Por la relevancia de su tarea para el bien de la Iglesia, el Seminario requiere especial atención y cuidado: “La Diócesis debe asegurar que el Seminario sea una verdadera comunidad formativa, donde los seminaristas experimenten el cuidado

⁵ Cf. Francisco, *Mensaje para la 60ª Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones*, 2023. También hoy, “la vocación al diaconado permanente requiere mayor atención, porque constituye un recurso del que todavía no se han desarrollado todas las potencialidades”. En: Sínodo de los Obispos, XV Asamblea general ordinaria, *Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional. Documento preparatorio*, 2017, 89. En adelante: JFDV.

⁶ Francisco, *Mensaje al Congreso Internacional “Pastoral Vocacional y la Vida Consagrada. Horizontes y esperanzas*. 25 de noviembre de 2017. En adelante: MCI.

⁷ Cf. San Juan Pablo II, *Carta apostólica Novo millennio ineunte*, 43.

paterno de la Iglesia. Es esencial que se les ofrezcan medios adecuados para una formación humana, espiritual y pastoral de calidad”.⁸

Esta prioridad pastoral no conlleva una valoración de la vocación sacerdotal por sobre las demás. Quiere ser una opción que dinamice toda la vida de la Iglesia diocesana en clave vocacional, acompañando a cada adolescente y a cada joven en sus búsquedas, a la escucha del Maestro (1 Sam, 3, 4-11).

De este modo, el itinerario que venimos recorriendo como Comunidad Diocesana, la realidad vocacional actual, el contexto del Jubileo y este aniversario significativo, entre otros, constituyen un clima más que oportuno para empeñar nuestros esfuerzos en fortalecer la invitación a los jóvenes a dejarse cautivar y fascinar por Cristo, para construir sus vidas ubicándolo como fundamento de sus opciones más profundas.

8. Tiempo Vocacional

A la luz de estas reflexiones, escuchando lo que el Señor nos expresa y lo que la realidad nos demanda, quiero invitar a toda la Comunidad Diocesana a adentrarnos en un tiempo de fuerte impronta vocacional, un tiempo de Gracia (Lc 4, 18) en el que nos dispongamos a escuchar al Señor (Lc 10, 39), a crecer en la vida interior.

El tiempo vocacional que propongo se iniciará con un “Año Vocacional” que comenzará el 19 de marzo de 2025, Solemnidad de San José, patrono de la Iglesia Universal y tendrá su cierre simbólico el 16 de marzo de 2026, memoria del Santo Cura Brochero. Digo “cierre simbólico” porque deseo que este año sea impulso para que continuemos profundizando esta prioridad en los años sucesivos, según los modos que el Señor nos inspire, hasta el Jubileo de nuestro Seminario Diocesano (2027-2028).

Anhelo un tiempo en el que nos dejemos desbordar por la unción del Espíritu Santo, capaz de enardecer el corazón y alejar todo temor y desánimo de nuestro corazón: “Lo que nos define no son las circunstancias dramáticas de la vida, ni los desafíos de la sociedad, ni las tareas que debemos emprender, sino ante todo el amor recibido del Padre gracias a Jesucristo por la unción del Espíritu Santo”.⁹

El Año Santo debe ser para nosotros un auténtico *kairós*, es decir, un *tiempo de Gracia*, que nos impulse a reavivar el gozo de llamarnos cristianos y el deseo de compartir, especialmente con las jóvenes generaciones, la belleza de la fe que nos ha sido regalada.

El Jubileo de 2025 puede ser un tiempo en el que recuperemos la alegría de evangelizar, procurando **“vocacionalizar”** la pastoral en todas sus instancias, niveles y momentos, abarcando todas las etapas de la vida. Este objetivo no se limita a introducir “lo vocacional” como tema meramente teórico sino que se trata de una realidad vital a promover y a desplegar, especialmente en los ámbitos con niños, adolescentes y jóvenes, un aire esperanzador que renueve la atmósfera y el sentido de esos espacios. El acompañamiento pastoral durante la infancia y la adolescencia es fundamental como “preparación de la tierra” del corazón, de cara al discernimiento de la vocación.

⁸ San Juan Pablo II, *Pastores dabo vobis*, 60. En adelante: PDV.

⁹ *Documento de Aparecida*, 14.

De esta manera, **“toda pastoral juvenil, en el fondo, es pastoral vocacional”**.¹⁰ Es decir, la “pastoral juvenil y la pastoral vocacional han de ir de la mano. La pastoral vocacional se apoya, surge y se desarrolla en la pastoral juvenil. Por su parte, ésta, para ser dinámica, completa, eficaz y verdaderamente formativa ha de estar abierta a la dimensión vocacional”.¹¹ Es más, la pastoral con niños, adolescentes y jóvenes debe estar “llena de Jesús que es el único camino que ellos han de recorrer, la única verdad a la que ellos son llamados a adherirse, la única vida por la que merece la pena entregarlo todo (cf. Jn 1,35ss)”.¹²

Necesitamos redescubrir la dimensión vocacional de nuestro bautismo y animarnos a recrear la vida pastoral de nuestra Diócesis en todos sus ámbitos. **La pastoral vocacional debe constituirse como una dimensión esencial e interior de la pastoral ordinaria**, en la vida de las comunidades, en la oración comunitaria, en el acompañamiento espiritual, en los sacramentos, en la predicación, en la catequesis, en la educación formal abarcando todos sus niveles, en la vida social, en el servicio de la caridad. Reviste una especial importancia coordinar acciones entre las distintas áreas más estrechamente vinculadas con el acompañamiento de niños, adolescentes y jóvenes y sus respectivas familias, en todas las instancias de la vida pastoral diocesana.

La parroquia, comunidad que ofrece una experiencia de fe rica y cercana, conserva un valor insustituible a la hora de favorecer, proponer y acompañar el desarrollo de los planteos vocacionales de las nuevas generaciones. Pero debemos reconocer que algunas comunidades parroquiales se encuentran con un gran desafío a la hora de “ser un lugar relevante para los jóvenes... Aunque hay varios intentos de innovación, a menudo el río de la vida juvenil fluye al margen de la comunidad, sin encontrarla”.¹³ Estamos ante una época compleja, “vivimos en una cultura «sin fronteras», marcada por una nueva relación espacio-temporal debida a la comunicación digital y caracterizada por la continua movilidad”.¹⁴

Frecuentemente, los jóvenes participan de iniciativas de otras comunidades, de la Vicaría o de alcance diocesano y se ven renovados. El Señor suscita la pregunta y alimenta el deseo más profundo de su corazón a través de valiosas experiencias que protagonizan en distintos espacios. En el ámbito parroquial, no siempre contamos con los recursos para ofrecer múltiples momentos atractivos y consistentes; más difícil aún se está volviendo acompañar procesos. Las propuestas diocesanas, entre otras, suelen cumplir un rol subsidiario frente a la tarea que realizan las parroquias. No se trata, por tanto, de instancias contrapuestas sino necesariamente complementarias.

Además, la experiencia eclesial que ofrece “lo diocesano” reanima y fortalece la fe y la percepción de una Iglesia viva, más amplia, numerosa y polifónica, capaz de renovar y motivar la vida espiritual y pastoral de niños, adolescentes y jóvenes. En este sentido, también se torna indispensable reconocer, valorar, cuidar y orientar otros espacios

¹⁰ CV, 254.

¹¹ MCI.

¹² MCI.

¹³ JFDV, 18.

¹⁴ JFDV, 129.

pastorales de pertenencia eclesial, capaces de acoger y acompañar a las nuevas generaciones en su itinerario creyente.

9. Corresponsabilidad

Apremia favorecer una cultura vocacional que estimule a los jóvenes a descubrir el llamado del Señor y a seguirlo con alegría y generosidad. Es central alentar el rico despliegue de la vida laical en todos los espacios donde se desarrolla, a partir de la fuerza de su raíz bautismal. Resulta reductivo concebir el aporte del laicado como reemplazo de tareas clericales, desde una errónea eclesiología de la carencia y la suplencia: “El sacerdocio común de los fieles y el ministerial se complementan y ambos expresan y realizan de modo peculiar el único e inagotable sacerdocio de Cristo para el bien de todo el Pueblo de Dios”.¹⁵

Respecto a las vocaciones sacerdotales, debemos concientizar a “la comunidad eclesial como tal -empezando por la parroquia- para que sienta que el problema de las vocaciones sacerdotales no puede ser encomendado en exclusiva a unos «encargados» -los sacerdotes en general, los sacerdotes del Seminario en particular-”.¹⁶ El acompañamiento de las vocaciones al sacerdocio no es una tarea exclusiva de algunos, sino de toda la Iglesia. Este cuidado mancomunado promueve una comunidad viva en la que florecen diversas vocaciones.

La necesidad que tenemos de la presencia y del acompañamiento de los sacerdotes es una invitación a trabajar por el cultivo y el desarrollo de la inquietud vocacional sacerdotal en todos los ámbitos pastorales de nuestra Diócesis: “En consecuencia, la pastoral vocacional tiene como sujeto activo, como protagonista, a la comunidad eclesial como tal, en sus diversas expresiones... Es muy urgente, sobre todo hoy, que se difunda y arraigue la convicción de que **todos los miembros de la Iglesia, sin excluir ninguno, tienen la responsabilidad de cuidar las vocaciones**”.¹⁷

Esta corresponsabilidad encuentra actualmente un clima eclesial favorable, a partir de la dinámica sinodal que está impregnando nuestra vida diocesana. Conlleva que nos concibamos como un organismo donde cada persona, parroquia, institución, movimiento, y cualquier otra instancia, tome conciencia de su papel a favor del bien común eclesial y potenciemos la saludable articulación entre los distintos servicios y ministerios.

10. Testimonio

El testimonio de los discípulos de Cristo, la autenticidad de su vida, es lo que realmente atrae a otros a preguntarse por la propia vocación: “Si los jóvenes ven sacerdotes muy aislados y tristes, no se sienten animados a seguir su ejemplo. Se sienten indecisos cuando se les hace creer que ése es el futuro de un sacerdote”.¹⁸ Una reflexión

¹⁵ Cf. Concilio Vaticano II, *Lumen gentium*, 10.

¹⁶ PDV, 41.

¹⁷ PDV, 41.

¹⁸ Benedicto XVI, *Mensaje para la 47ª Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones*, 2010.

semejante podríamos realizar sobre la familia o la vida consagrada. Por esto, es determinante que cada uno de nosotros experimente en su corazón “la convicción de que el seguimiento de Cristo, también en la vida consagrada, merece la pena, y que la entrega total de uno mismo a la causa del Evangelio es algo hermoso y bello que puede dar sentido a toda una vida”.¹⁹

Es patente cómo la forma de vivir, de relacionarse y de servir de los ordenados y consagrados repercute significativamente, hasta resultar decisiva, en el discernimiento vocacional de quienes están en búsqueda, como también en la formación de los seminaristas y de aquellos que se preparan para consagrarse. La pastoral vocacional necesita de nuestro testimonio honesto que, con una vida pobre, casta y obediente, demuestre la belleza atrayente y la alegría honda que brota de nuestra vocación.

11. Oración

“Quien ora de verdad por las vocaciones, trabaja incansablemente por crear una cultura vocacional”.²⁰ El tiempo por delante será un momento de gracia especial para nuestra Diócesis. En primer lugar, somos convocados a profundizar la oración por las vocaciones: *“Roguemos al Dueño de la mies, que envíe obreros a su mies”* (Mt 9,38).

En este sentido, entre otras iniciativas, contamos con el valor de los **primeros jueves de mes dedicados a la oración por las vocaciones y, a nivel diocesano, con la JOV** (Jornada de Oración por las Vocaciones), que celebramos cada cuarto fin de semana del tiempo de Pascua. Además, ¿cómo no aprovechar aún más los retiros para adolescentes, jóvenes y parejas de novios que organizan distintos movimientos y grupos? Se trata de propiciar y “crear ambientes donde sea posible escuchar la llamada del Señor”.²¹ Él renovará lo que ya hacemos e inspirará otras propuestas significativas.

Urge rezar para que los jóvenes se sientan atraídos y fascinados por Jesús; rezar por quienes están en el proceso formativo de tal modo que crezcan en el discipulado y la configuración con Cristo; rezar por quienes ya han dicho “sí” al Señor en los diversos estados de vida, para que con su gracia, sigan entregándose con alegría y fidelidad.

12. Animación vocacional

La vocación de la Iglesia es evangelizar, anunciar la Buena Noticia. Por tanto, todo en ella posee un sentido misionero y, por consiguiente, todo en ella incluye una dimensión vocacional: “El servicio vocacional ha de ser visto como el alma de toda la evangelización y de toda la pastoral de la Iglesia”.²² Así, “hay que pensar que toda pastoral es vocacional, toda formación es vocacional y toda espiritualidad es vocacional”.²³ La vocación es una realidad inherente a toda la actividad eclesial, aunque no siempre resulte evidente. Por ejemplo, “la predicación y la catequesis deben manifestar siempre su intrínseca dimensión vocacional: la Palabra de Dios ilumina a los creyentes para

¹⁹ MCI.

²⁰ MCI.

²¹ MCI.

²² MCI.

²³ CV, 254.

valorar la vida como respuesta a la llamada de Dios y los acompaña para acoger en la fe el don de la vocación personal”.²⁴

Bajo esta perspectiva, se vuelve imprescindible reconocer el valor de “la acción de sensibilización de las familias, a menudo indiferentes si no contrarias incluso, a la hipótesis de la vocación sacerdotal”.²⁵ Contamos con testimonios muy alentadores a la hora de valorar la “pastoral de la familia, de tal modo que los padres asuman, con gozo y responsabilidad, su misión de ser los primeros animadores vocacionales de sus hijos”.²⁶

Por otra parte, somos testigos de que “el compromiso social y el contacto directo con los pobres, siguen siendo una ocasión fundamental para el descubrimiento o la profundización de la fe y el discernimiento de la propia vocación”.²⁷ Cuántos jóvenes de nuestra Diócesis tienen la costumbre de ir a acompañar a los ancianos y a los enfermos, o a visitar las zonas pobres. “Es elemental asumir, acompañar y guiar estas iniciativas con oración, reflexión y formación, desde el Evangelio y la Doctrina Social de la Iglesia.”²⁸

Dentro de este escenario, no pueden faltar momentos donde la propuesta vocacional sea concreta y explícita, siguiendo el modo de Jesús, que va llamando directamente a sus apóstoles, sin imponerse aunque siendo claro en su invitación a seguirlo: “Los educadores, especialmente los sacerdotes, no deben temer el proponer, de modo explícito y firme, la vocación al presbiterado como una posibilidad real para aquellos jóvenes que muestren tener los dones y las cualidades necesarias para ello. No hay que tener ningún miedo de condicionarles o limitar su libertad; al contrario, una propuesta concreta, hecha en el momento oportuno, puede ser decisiva para provocar en los jóvenes una respuesta libre y auténtica”.²⁹

En este proceso desafiante, somos impulsados a asumir que los lugares existenciales de las nuevas generaciones incluyen el **mundo digital**, el de las redes sociales y la inteligencia artificial, que supone un llamado a la creatividad para acompañar y proponer adecuadamente la novedad siempre vigente del Evangelio de Jesús:

“Una manera de acercarse a la realidad que suele privilegiar la imagen respecto a la escucha y a la lectura incide en el modo de aprender y en el desarrollo del sentido crítico. Actualmente está claro que «el ambiente digital no es un mundo paralelo o puramente virtual, sino que forma parte de la realidad cotidiana de muchos, especialmente de los más jóvenes... En cualquier caso, constituyen una extraordinaria oportunidad de diálogo, encuentro e intercambio entre personas, así como de acceso a la información y al conocimiento»”.³⁰ El deporte, el arte y la música, también son expresiones del corazón juvenil que busca conectar con valores y experiencias interiores y, al mismo tiempo, trascendentes.³¹

²⁴ PDV, 39.

²⁵ Benedicto XVI, *Sacramentum caritatis*, 25.

²⁶ MCI.

²⁷ CV, 170.

²⁸ CV, 171.

²⁹ PDV, 39.

³⁰ JFDV, 21-22.

³¹ JFDV, 47.

13. Acompañamiento

Jesús llamó a los Doce y fue conociéndolos a partir de una escucha y un diálogo capaz de transformar sus vidas, en la atmósfera de la vida compartida. También hoy se requiere que todos nos sintamos involucrados en esta delicada misión de hacer camino con los adolescentes y jóvenes que nos son encomendados. Es necesario acompañar a los jóvenes, caminar con ellos, escucharlos, provocarlos, moverlos para que vayan más allá de las comodidades en las que descansan, despertar el deseo, interpretarles lo que están viviendo, llevarlos a Jesús; siempre favoreciendo la libertad para que respondan a la llamada del Señor libre y responsablemente.³²

En contraste, es doloroso reconocer que “muchos sienten que su voz no es considerada interesante ni útil en el contexto social y eclesial. En varios ámbitos se observa una escasa atención a su grito, en particular al de los más pobres y explotados, así como la carencia de adultos dispuestos a escuchar y capaces de hacerlo”.³³

Los jóvenes “necesitan que se les ayude a dar unidad a las diversas experiencias y a leerlas desde una perspectiva de fe, venciendo el riesgo de la dispersión y reconociendo los signos a través de los que Dios habla. En el descubrimiento de la vocación, no todo está claro en seguida, porque la fe «ve en la medida en que camina, en que se adentra en el espacio abierto por la Palabra de Dios»”.³⁴

Por eso, acogamos sus inquietudes, animémoslos a preguntarse por el sentido de sus vidas, sostengámoslos en sus dificultades, caminemos con ellos a su ritmo: “La comunidad tiene un rol muy importante en el acompañamiento de los jóvenes y es la comunidad entera la que debe sentirse responsable de acogerlos, motivarlos, alentarlos y estimularlos. Esto implica que se mire a los jóvenes con comprensión, valoración y afecto”,³⁵ y oportunamente, si fuera conveniente, se los oriente a dialogar con alguien que esté en mejores condiciones para comprenderlos y brindarles elementos específicos en orden a un discernimiento vocacional.

Aquellos que tenemos alguna responsabilidad en instancias con adolescentes y jóvenes, precisamos enriquecer nuestra preparación para atender a sus complejas realidades: “Crear en el valor teológico y pastoral de la escucha implica una reflexión para renovar las formas con las que se ejerce habitualmente el ministerio presbiteral y revisar sus prioridades”.³⁶ Debemos asumir la exigencia de preparar consagrados y laicos, hombres y mujeres, que estén cualificados para el acompañamiento de los jóvenes. Vemos claramente que “los jóvenes sienten la necesidad de figuras de referencia cercanas, creíbles, coherentes y honestas”.³⁷

Cuánto tenemos por hacer en relación, por ejemplo, al acompañamiento de quienes son llamados a la vida familiar, para que puedan vivir el noviazgo como una experiencia de crecimiento personal integral, básica para cimentar la pareja y su proyecto en Cristo. En

³² Cf. JFDV, 1.

³³ JFDV, 7.

³⁴ JFDV, 77.

³⁵ CV, 243.

³⁶ CV, 244.

³⁷ JFDV, 2.

nuestra Diócesis “hay sacerdotes, religiosos, religiosas, laicos, profesionales, e incluso jóvenes capacitados, que pueden acompañar a los jóvenes en su discernimiento vocacional”, aunque resulta imperioso coordinar esfuerzos para ofrecer un servicio más eficaz, eficiente y en comunión.³⁸

Por todo esto, considerando el valor ineludible del acompañamiento vocacional, **he nombrado un sacerdote referente por Vicaría, los cuatro estarán dispuestos a escuchar y a orientar a los jóvenes con inquietudes vocacionales para la vida sacerdotal.** Esta decisión es el punto de partida de otras que, en distintos niveles, puedan surgir, para multiplicar las mediaciones e instancias de acompañamiento juvenil-vocacional: “Quien acompaña recibe con paciencia, suscita las preguntas más profundas y reconoce los signos del Espíritu en la respuesta de los jóvenes... En el acompañamiento espiritual personal se aprende a reconocer, interpretar y elegir desde la perspectiva de la fe, escuchando todo lo que el Espíritu sugiere dentro de la vida de cada día”.³⁹

14. Sustentabilidad

A la Iglesia diocesana, como madre, le corresponde garantizar que los seminaristas cuenten con las condiciones indispensables para el desarrollo de su proceso formativo, tales como la alimentación, la educación, la salud, la ropa, un lugar físico adecuado para vivir y compartir la preparación al sacerdocio, junto a los demás integrantes de la comunidad formativa, entre otras.

Este propósito sólo puede plasmarse con el compromiso de las comunidades parroquiales y educativas, de las instituciones, de los movimientos, de los grupos y de los fieles en particular. Todo aporte, tanto económico como de otra especie, es relevante a la hora de velar porque el Seminario disponga de los recursos necesarios a la hora de concretar su esencial misión de formar a nuestros futuros pastores. Asimismo, el Seminario procura acompañar y preparar a los futuros sacerdotes con criterios de austeridad, para favorecer en ellos la asimilación de un estilo de vida sencillo, en coherencia con los valores del Evangelio.

¡Cómo no dar gracias al Señor por tantas personas, grupos y comunidades que colaboran, incluso haciendo sacrificios que sólo Dios conoce! La difícil situación socioeconómica que atravesamos nos exige una conciencia y una determinación renovadas y creativas, en favor de la sustentabilidad del Seminario, entendido como proceso y como lugar formativo. Contribuir con la preparación de los futuros sacerdotes es invertir para cuidar el presente y el futuro de la Comunidad Diocesana, de todos sus ámbitos pastorales y de la vida de fe de cada uno de sus miembros.

15. Confiamos en Jesús, confiamos en los jóvenes

Fuimos creados por amor y para amar, viviendo para dar la mayor gloria a y de Dios, según la propia vocación. Por tanto, apacentar el rebaño del Señor es tarea de amor.⁴⁰ Jesús nos cautivó y no podemos imaginar la vida sin Él. Por eso, nos confiamos a Él,

³⁸ CV, 291.

³⁹ JFDV, 97.

⁴⁰ Cf. San Agustín, *In Iohannis Evangelium*, 123,5; PL 35, 1967.

creemos en su Palabra; nos anima su promesa de acompañarnos hasta el final de los tiempos y más allá, en medio de las fatigas y dificultades que marcan nuestro día a día.

Movidos por esta confianza inquebrantable, los creyentes nos animamos a **organizar la esperanza**: “la organización y la constante búsqueda de formas nuevas, más eficaces y conformes con el Reino, son parte de esa esperanza organizada”.⁴¹ Desde esta mirada, “la lógica cristiana tiene fe en que siempre será posible volver a echar las redes”.⁴²

Deseo concluir estas líneas hablándoles directamente a las y los jóvenes de nuestra Diócesis, de cada parroquia, capilla, institución, movimiento y grupo, a cada joven que siente en su corazón el deseo profundo de jugarse por Cristo.

Queridos jóvenes, necesitamos escucharlos para poder acompañarlos según su realidad, sus deseos más profundos y así ofrecerles la alegría del Evangelio. Sus fatigas y fragilidades nos impulsan a conocerlos mejor para comprenderlos: “Sus preguntas nos desafían, sus dudas ponen en cuestión la calidad de nuestra fe. También necesitamos de sus críticas, porque a menudo, a través de ellas, escuchamos la voz del Señor que nos pide la conversión del corazón y la renovación de las estructuras”.⁴³

Estas estructuras solo podrán ser renovadas desde una comunidad sinodal que muestre la esperanza que trae Jesucristo Resucitado, una comunidad que sale a caminar ofreciendo a todos su tesoro más valioso: Jesús de Nazaret. Él es quien les pide hoy a ustedes, jóvenes, que le pongan el hombro a la tarea de servir al Reino, que no se borren ante el difícil desafío de estos tiempos que nos seducen con el individualismo y una manera de estar en la vida sin asumir compromisos.

Al finalizar esta Carta, anhelo que tomemos conciencia de que todos, desde nuestro lugar, estamos urgidos a promover, animar y sostener las opciones vocacionales que surjan en nuestras comunidades. Por ello, sería bueno que durante este Año Jubilar y vocacional nos dejemos interpelar, intentando responder esta pregunta: **¿qué deberíamos cambiar, o al menos revisar, para ofrecer un estilo de Iglesia más convocante, participativa y cercana a las expectativas más hondas y genuinas que tienen hoy los jóvenes?**

A **María, Reina y Madre de la Paz**, le confiamos esta siembra y todos los esfuerzos que en la Diócesis realicemos para ser **gestadores de nuevas vocaciones** al servicio del Pueblo de Dios.

Lomas de Zamora, 24 de noviembre de 2024
Solemnidad de Cristo Rey

+ Mons. Jorge R. Lugones SJ
Obispo de la Diócesis de Lomas de Zamora

⁴¹ Francisco, *Evangelii gaudium*, 36.

⁴² Francisco, *Evangelii gaudium*, 36.

⁴³ JFDV, 116.